

## Pequeña antología de Ángela Vallvey

### Et in Arcadia ego

Te encontré en la alameda, cuando ya la noche  
se desmayaba entre los árboles.  
Mi barco fondeó en el puerto, y yo me sentía  
un ciego con hambre de carne y de luz. El cielo era un choto  
que lloraba, rodeándonos. Amarré tu talle al pico  
lacrimoso de la brisa, noté por la lengua el cuchillo de este amor  
que desde entonces cava en mí sus pozos. Quédate quieta, dije.  
No hables. Cállate. Me pareces una pastora de la jungla.  
¿Dónde tengo las manos, mis manos que no siguen los renglones  
de los astros? Llévame hasta el arroyo, hasta la menta que  
crece en el bosque. Pon tu dedo en la luna y bórrala  
con tu hermosura de cristal y azules. Y ven después, amor,  
bebe mi sangre de avispero, siente los mundos que recorren  
mis ojos cegados por las aguas.  
Agolpé mis labios, tan resecos,  
en tu nuca, un largo naufragio. Y sucediste en mí,  
eras la garza submarina, eras la vida venciéndome despacio.  
Pelo suave, entraña suave tan cercana, entreabierta caricia.  
Unos dientes empedrando las sombras. Te deshice en mi piel  
cuando sentí tu abrazo de calor y vino  
llegándome hasta el fondo,  
tan dentro como los huesos. Eras  
de pan, dos sílabas desnudas  
habitaban tu nombre, y yo, una estatua herida por el músculo.  
Escarcha en la salina y pisada en la arena  
que se cubre de pronto  
de un vuelo de cenizas. Yo corrí como un río  
que anida en el paisaje.  
Estaba mi corazón ansiando tus dedos,  
desollado por un dolor que nadie tiene.  
Estaba mi corazón así, como una fruta

que mordías, como tierra de estrellas que, más tarde,  
tú plantaste en la vida.

## **Finales de partida**

Partiré junto a ti.  
Mis daños son las flores  
de un pequeño cerezo  
que crece con el alba.

Le lanzaré flechas, si declina,  
a la tarde.  
Pagaré los tributos de los ríos  
con mil piedras preciosas  
arrojadas al agua.

No volveré a mi tierra,  
a la estancia de jade  
de la noche.

Vendrá la lluvia de puntillas.  
Iniciarán su vuelo  
las aves que devora  
esa melancolía  
que estremece a los vivos.

Interpretaré  
los sueños de los tigres  
que gozan en la hierba.

Atizaré la hoguera de los astros  
con mis dedos  
de sándalo.

Mientras talo el dolor  
del árbol de mi cuerpo,  
rama a rama,  
yo partiré contigo.  
Sin armas, sin escudo,

sin otro ejército  
que mi afligido corazón,  
ribazo del estanque  
de una tristeza sin regreso.

### **La sociedad secreta**

Has llegado a mi casa  
ordenando las quejas  
de la noche.  
-Besos como pequeños corazones  
se cayeron al suelo  
sin cuidado-.

El verdor de tus ojos  
era una tierra fértil  
cultivada entre lágrimas.

"¿Cuánto pesan los astros?",  
preguntaste,  
"¿y las horas del día?"

¿Sabes quién somos  
los milenios?  
¿Hay praderas de espacio  
que se tienden tranquilas  
detrás de la ventana?"

Oh, ven, ven de nuevo,  
escucha los ruidos  
del amanecer.  
Haz vino  
con las sombras de la estancia.  
Que la luz sea una estela de seda pura  
para que tú la toques.  
Que nunca diga basta.

Desde que tú llegaste  
la primavera ha derrochado  
toda su gloria floreciendo  
por dentro de mi boca,  
-nunca mira hacia atrás,  
y es libre,  
tiene abiertas las manos-.

## La nube de Steve Jobs

He subido a La Nube  
esa jaula de sol  
con sus horas de confín que se beben  
en secreto los pájaros  
cuando el alba despierta.

He subido a La Nube  
mis archivos de amor y de deseo,  
las pavesas de la rosa temprana  
pixelada en venenos de colores  
que se desespera detrás de la pantalla  
de tu iPad. Aquel momento  
en que te quise para siempre.

Los matices –pedrería, barro y azul abismo–  
del dolor de mi pecho. Un día  
en carne y hueso. Facturas por cobrar  
a la mañana. Mi corazón  
de renta antigua que tiene la costumbre  
de interrogar a la tristeza. La luz  
que frente a frente te busca y te propicia.

Un trozo generoso de tu cuerpo  
que nunca me abandone.

He subido a La Nube caminando  
porque, a menudo, vivir es sólo eso,  
guardar en un cofre de nieblas

los restos del amor para llevar a casa,  
poner la fe en la lejanía,  
en un rayo de sombre constelado  
de hielos digitales  
que encarcele, uno a uno,  
a los fantasmas de tu mundo y el mío.  
He subido a La Nube las sílabas  
antiguas de la palabra noche,  
el frío de tus lágrimas, aquel  
que jamás fuiste, el pie de las encinas  
en todos los ocasos.